

MICRORRELATOS

SE ALEJÓ LENTAMENTE, por Iria García Golmar

Se alejó lentamente, con la cabeza alta, y nunca más se acordó de él.

Y LA CIUDAD ARDIÓ, por Alejandro Salgado Baños

Y la ciudad ardió, mientras las personas aplaudían al pirómano que la incendió.

EL ÚLTIMO GRANO, por Aiesha Mae Salibio Estavillo

En medio del desierto, un niño encontró el último grano de arena. Lo sostuvo en la palma de su mano y lo observó con curiosidad. De repente, un viento cálido sopló y el grano se fue. El niño se quedó solo en el desierto, sin nada que recordar.

EL ÁRBOL PIERDE SU ÚLTIMA HOJA, por Esme Grace Wall

El árbol pierde su última hoja, y supe que me he quedado sin tiempo.

EL SEMÁFORO SE CANSÓ, por Alejandra Castro Neira

El semáforo se cansó de esperar por ti, estaba en verde y no cruzaste aun así, yo estaba al otro lado esperando, pero algo había cambiado, te había cambiado a ti, no entiendo desde cuándo, dime si me he equivocado, aunque tú también, también tienes tus fallos.

INTRODUJE LA LLAVE EN LA CERRADURA, por Saray Soage Arosa

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, cansada después de un día cualquiera de trabajo.

Al entrar en la habitación me encontré con una imagen distinta pero que en el fondo encontraba conocida, incluso acogedora. Antes de sobrecogerme o asustarme entró en mi cuerpo una curiosidad nunca encontrada, por lo que empecé a recorrer la estancia.

La habitación tenía suelo de madera, lleno de alfombras de paletas anaranjadas y verdes, que pese a su intento de confort, no evitaron algún crujido típico de las viejas tablas.

A mi izquierda teníamos un sillón granate algo roído pero que seguía teniendo su función de disfrutar tardes con un buen libro. Respecto a eso, al fondo había una estantería empotrada llena de volúmenes diversos.

No me atreví a tocarlos, por lo menos seguía teniendo en cuenta que no debía estar allí.

Al fondo a la derecha una puerta robusta de madera permitía el acceso a otra estancia, por lo que decidí intentar llegar al final.

Cuál fue mi sorpresa cuando ante mí se volvía a aparecer la misma imagen. Habitación de madera con grandes alfombras, un sillón, muebles viejos y una gran estantería. Me puse a revisar bien a fondo intentando buscar un porqué, una solución, pero todo me resultaba inútil. Nada resol-

vía mis dudas, así que esta vez entré a la siguiente habitación más decidida, ninguna sorpresa, la misma habitación. Sin pararme a pensar vuelvo a tomar el cerrojo de la siguiente puerta impulsada por la presión de mi pecho. Grito y sin temor cojo aquellos libros que anteriormente no quería tomar para tirarlos por los aires buscando una salida. Nada ayudaba cuando derrotada volvía a intentarlo y la misma imagen se erguía ante mí.

No lograba comprender qué hacía allí, yo, que tanto me esforzaba por no destacar demasiado, que trabajaba ocupando mi mente para no pensar y que aún disfrutaba de los pequeños placeres de la vida podía estar atrapada en ese absurdo laberinto.

Me tomó un tiempo darme cuenta de la realidad, que si seguía saliendo por aquella puerta no iba a encontrar nada nuevo, pero entonces ¿dónde encontrarlo? ¿Es que igual debería volver atrás?

No tenía nada que perder, pero aún sin ninguna esperanza volví sobre mis pasos.

En el inicio de esta agonía decidí tener la mente fría, algo tenía que ser diferente.

Volví a mirar todo cautelosamente sin ninguna novedad hasta que el simple gesto de levantar la vista me dio la más ridícula solución. Una claraboya me daba una salida, otro camino, otra solución. Los libros y el sillón antes arrojados por el suelo me sirvieron para llegar hasta ella. Giré la manilla y simplemente salí.

NO SABÍA MUY BIEN LO QUE IBA A HACER, por Marcos Iglesias Díaz

No sabía muy bien lo que iba a hacer, no tenía nada planeado. Cuando subí al escenario, mi mente estaba en otra parte. El jolgorio de la sala me hacía sentir enorme, como si mi orgullo se hiciese cada vez más grande con cada segundo que pasaba en ese antro.

Era la primera vez que me atrevía a llevar un top puesto por la calle. Una prenda que indudablemente me quedaba fascinante a pesar de que sacaba a relucir mi grasa, fruto de la dejadez en la que había dejado mi cuerpo durante bastantes años. Llevaba tiempo intentando buscar en otra persona lo que faltaba en mí, por lo que callé mis necesidades, y sabía que ese pedacito que me faltaba lo encontraría al subirme al palco, desmele-narme como un sinvergüenza y actuar como si no me acabase de desnudar en público.

Sentía como si no tuviese ya autonomía de mi propio cuerpo: conmigo ya arriba, mis ojos decidieron volverse completamente borrosos, mis manos se agitaban como un energúmeno pidiendo ayuda y mis piernas se tiraban al suelo como si hubiese un imán en la tierra atrayéndolas. Sabía que nadie en esta sala se preocuparía por ver quién sería el indecente que se había subido sin permiso a ese sitio sagrado. Yo no tenía consciencia alguna de lo que estaba haciendo. Sin embargo, tenía la convicción de que era mi mayor prioridad en este mundo: sentir una pizca de cariño que siempre se me había negado.

De forma dudable comencé a notarme arropado por el ruido ensordecedor de la música, por las miradas de las gentes que nunca iban dirigidas hacia mí, por el rubor de mis mejillas al ver que el goce estaba más cerca de lo que yo creía. Tanto tiempo buscándolo y se había postrado de esta tan egoísta e impresentable manera ante mí. Si de verdad existe un Dios en este universo, juro por Ella que estaría en ese club bailando conmigo.

El éxtasis se calmó, el frenesí se suavizó y mi espontáneo espectáculo tenía que ser evacuado para dar comienzo a las artistas de verdad. De todas formas, en ese momento pensé elocuentemente que nada más que cuatro escalones de madera podrida me alejaban a mí de ser como ellas.

Pero nada más bajar esos cuatro tablones, me volví a sentir de la misma manera en la que había entrado al escenario: solo.

SOL, por Rebeca Martínez Barbeito

El piano lleva años olvidado en la esquina del salón, cubierto por una manta llena de polvo, sus teclas ya están amarillas e indican el largo período que lleva sin hacerse sonar. Cuando la propietaria después de mucho tiempo se atreve a levantar la tela y pulsa una tecla, suena un solitario, pero contundente Sol. Es en este momento cuando me doy cuenta de lo mucho que extrañaba ese sonido.

EL MUNDO SEGUÍA GIRANDO, por Laura Custodio Cristea

Y a pesar de que ella ya no estaba el mundo seguía girando...